

El sincretismo cultural de la Nueva España: el origen indígena, español y africano de los bailes populares mexicanos

Cultural Syncretism in New Spain: The Indigenous, Spanish, and African Origins of Mexican Folk Dances

Andrea Reyes Espinoza¹

Universidad de Guadalajara

México

reyesandrea@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0008-8481-4576>

DOI: 10.32870/rhgc.a4.n7.1.24a

Obra bajo licencia internacional:

Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0



Recibido: 11/09/2023

Revisado: 08/10/2023

Aprobado: 22/11/2023

Resumen

Durante el período virreinal en la Nueva España, se gestó un fenómeno cultural conocido como sincretismo. Este proceso de fusión surgió como resultado de la interacción entre diversas comunidades, entre ellas las comunidades indígenas, los colonizadores españoles y los esclavizados de ascendencia africana.

Los bailes populares, en particular, se destacaron como espacios de encuentro y expresión donde estas influencias convergieron y se entrelazaron con singularidad. El objetivo de este trabajo es analizar cómo estas tres corrientes contribuyeron a la diversidad étnica de la población, a la creación y evolución de algunos de los bailes populares, como la Danza de los Diablos, y a la identidad cultural mestiza en México.

Palabras clave: sincretismo, sincretismo cultural, bailes populares, México.

Abstract

During the viceregal period in New Spain, a cultural phenomenon known as syncretism emerged. This process of fusion arose because of interaction among diverse communities, including indigenous communities, Spanish colonizers, and enslaved individuals of African descent. Popular dances stood out as spaces of encounter and expression where these influences converged and intertwined uniquely.

This research aims to analyze how these three currents contributed to the ethnic diversity of the population, the creation and evolution of some of the popular dances, such as the Dance of the Devils, and to the mestizo cultural identity in Mexico.

Key words: syncretism, cultural syncretism, popular dances, Mexico.

1. Licenciada en Ciencias de la Comunicación en la Universidad La Salle Pachuca y actual estudiante de la Maestría en Gestión y Desarrollo Cultural en la Universidad de Guadalajara. Editora y redactora de medios digitales, bailarina e investigadora de la cultura *swing* de México. ORCID <https://orcid.org/0009-0008-8481-4576>

Introducción

En el vasto lienzo de la historia de México, el período virreinal se distingue por ser un capítulo fundamental que marcó la identidad, la cultura y las tradiciones de esta nación. Durante los tres siglos de este período llegaron a México, conocido en aquél entonces como la Nueva España, miles de hombres, mujeres, niñas y niños de diversas regiones de África, que fueron arrebatados de sus lugares de origen, separados de sus sistemas de organización comunitaria y sometidos a la esclavitud en una tierra desconocida.

La forzada llegada de los esclavizados en el siglo XVI produjo una numerosa cantidad de cambios entre los habitantes de la región. De acuerdo con la publicación *Afrodescendientes en México, una historia de silencio y discriminación (2012)* fue durante el período virreinal cuando en mercados, plazas, iglesias, talleres de trabajo, procesiones, celebraciones y cocinas, convivieron tanto mujeres como hombres de origen náhuatl, otomí, maya y español, así como de manera significativa mandingos y wolofs de África occidental, y bantúes del centro del continente africano.

En medio de este contexto se gestó, sin duda, un complejo intercambio entre las comunidades indígenas, los colonizadores españoles y los esclavizados de ascendencia africana. El mestizaje fue un factor clave en el enriquecimiento y transformación de la sociedad mexicana. Esta fusión de culturas ha perdurado en la actualidad teniendo como testimonio múltiples manifestaciones dancísticas, como la Danza de los Diablos, que a la fecha se realiza en las costas de Guerrero y Oaxaca.

Además de la trascendental influencia cultural y social que experimentó el país durante el período virreinal, esta investigación explorará en detalle cómo el trabajo, la resistencia y la cultura de la comunidad afrodescendiente contribuyeron de manera significativa a la construcción de la Nueva España y, en última instancia, a la formación de la identidad mexicana contemporánea.

El rol de la comunidad africana y afrodescendiente en la formación de la Nueva España.

En contraste con algunas naciones latinoamericanas en las que la población afrodescendiente deja claras las huellas de su presencia en las épocas colonial y nacional, en México, durante un largo período de tiempo, se pasó por alto la relevancia de la contribución africana en la conformación genética, cultural y social del mexicano. A diferencia de lo que estudiosos como Humboldt pudieran considerar como un factor de poca importancia (Aguirre, 1994), la presencia africana en México es más que un hecho casual.

Cuando en México se habla de mestizaje, tanto el investigador como el hombre común piensan exclusivamente en la mezcla del indígena con el español, pero no se refleja en el imaginario colectivo que otro factor, otro tronco racial, cultural y socialmente importante en la historia de la humanidad, como lo menciona Aguirre Beltrán (1994) en su publicación *El negro esclavo en la Nueva España*, sea trascendental en la composición de la población mexicana.

Para entender cómo fue que la presencia de los africanos y afrodescendientes impactó en la consolidación de la Nueva España resulta necesario comprender cómo fue su arribo a la nación. Según Velázquez e Iturralde (2012), con Hernán Cortés llegaron los primeros africanos que formaban parte del ejército de los conquistadores españoles, en el siglo XVI. Estos conquistadores negros fueron recompensados con tierras o mano de obra, así como liberados a cambio de su participación en la conquista de los pueblos indígenas.

A partir de este punto resulta necesario señalar algunos de los factores que influyeron para que el comercio de personas esclavizadas se diera entre África y América, específicamente en México. Con la guerra, la Conquista y las enfermedades, se redujo trágicamente la población indígena. Además, datan de 1600 en adelante, las órdenes y recomendaciones dirigidas por el Consejo de Indias a las autoridades del virreinato para la pronta sustitución de los trabajadores indígenas por esclavizados negros, aunado a la expedición de las Leyes Nuevas, que a mediados del siglo XVI liberaron a la población originalmente americana —es decir, los indígenas— de la esclavitud como modo de producción económica y social (Aguirre, 1994).

Esto representó un problema para las nuevas empresas conquistadoras de la Nueva España, que requerían mano de obra para la extracción minera, las haciendas ganaderas, agrícolas y azucareras, así como para el servicio doméstico en conventos, colegios y casas a lo largo del territorio novohispano (Velázquez e Iturralde, 2012).

El comercio de esclavizados surge cuando la Corona española otorga licencias de introducción a conquistadores, encomenderos, funcionarios y clérigos (Aguirre Beltrán, 1994). Fue así como llegaron miles de esclavizados a Yucatán, Oaxaca y Ciudad de México, al igual que a los puertos de Veracruz, Acapulco y Campeche, que, si bien eran los puertos autorizados, muchos esclavizados entraron al país de contrabando por puertos menores (Velázquez e Iturralde, 2012).

Cálculos realizados con base en los registros de las compañías navieras y de las aduanas de la época consideran que, a lo largo de los tres siglos en que se comercializaron personas esclavizadas, fueron embarcadas en África con destino a nuestro continente americano 12.5 millones de niñas, niños, mujeres y hombres africanos. (Velázquez e Iturralde, 2012, p. 63)

De acuerdo con Velázquez e Iturralde (2012), al final del siglo XVII, la importación directa de esclavos a la Nueva España disminuyó, y al mismo tiempo, la población de descendientes de africanos aumentó. Estos descendientes, al interactuar con indígenas y europeos, gradualmente formaron los grupos mestizos que, en el siglo XVIII, se conocieron como castas. Asimismo, las autoras mencionan que, para mediados del siglo XVII, la Nueva España era una sociedad culturalmente diversa, donde coexistían indígenas nahuas, otomíes, mixtecas o mayas con africanos de grupos como los wolofs, mandingos o bantúes, y europeos de diversas regiones de España, Portugal e Italia.

Ya sea como esclavizados o como personas en libertad, la labor de los africanos y afrodescendientes contribuyó considerablemente en la consolidación de la Nueva España. El trabajo de los esclavizados hombres en las haciendas mineras, ganaderas, agrícolas, particularmente las azucareras, así como en la construcción, fue vital para la economía

novohispana. Fueron aprendices y maestros de herrería, talabartería, pintura, sastrería y arquitectura, entre muchos otros oficios, mientras que las mujeres participaban de manera significativa en diversas actividades del campo y la ciudad, como cortadoras de caña, cocineras, parteras, curanderas, comerciantes, amas de leche o nodrizas. Por otra parte, las niñas y los niños esclavizados ingresaron como aprendices a los mismos gremios comerciales, y también participaron en labores domésticas en iglesias, conventos, colegios o casas particulares.

Según Velázquez e Iturralde (2012), a principios del siglo XVIII, muchas de las personas esclavizadas habían logrado la obtención de su libertad, por lo que las nuevas generaciones de afrodescendientes fueron ciudadanos libres. Dedicados a la ganadería, agricultura y arriería, continuaron sus labores comerciales tan necesarias para el desarrollo de las metrópolis coloniales.

Esclavizados de ascendencia negra en Guadalajara durante el siglo XVIII.

Para el siglo XVIII, el comercio de esclavizados había llegado a Guadalajara, conocida en aquel entonces como Nueva Galicia, así lo muestra Fernández (1991), quien en su publicación *Esclavos de ascendencia negra en Guadalajara en los siglos XVII y XVIII* reconstruye, a partir de protocolos notariales, a algunos de los mercaderes más importantes de la ciudad, comenzando por don Juan Bautista de Panduro.

Según el registro del mismo autor, este personaje comarcal efectuó, entre los años 1682 y 1703, 12 operaciones de compraventa de esclavos con un valor promedio de \$365.90 (como se puede ver en la Figura 1), mientras que entre los años 1711 y 1743, don José Colazo Feijoo registró 15 operaciones de compraventa, con una tendencia de precios notoriamente más bajos comparados con el siglo XVII (como se puede ver en la Figura 2). En palabras del autor, “el colapso de los precios de los esclavos se puede asociar sobre todo a la gran recuperación de la población indígena en el siglo XVIII y el consecuente crecimiento de la oferta de mano de obra asalariada, que debió ser menos costosa” (1991, p. 76).

Figura 1. Operaciones de compraventa de esclavos por Juan Bautista de Panduro.

CUADRO Operaciones de compra-venta de esclavos por Juan Bautista de Panduro.				
<i>Vende esclavo a:</i>	<i>Género</i>	<i>Edad</i>	<i>Precio</i>	<i>Año</i>
Liñán Felipe	masc	17	350	1683
Oimaya Juan	masc	26	350	1683
Ureña Martín	fem	25	550	1684
Gil de Rada José	fem	39	430	1701
<i>Compra esclavo a:</i>	<i>Género</i>	<i>Edad</i>	<i>Precio</i>	
Moreno Mariscal Martín	fem	20	410	1682
Gil de Rada Juan	masc		365	1684
De los Reyes Luisa	masc	33	300	1701
Gil de Rada José	fem	40	430	1702
Balderrabano Agustín	masc	8 a 9	140	1703
Camarena José	masc	34	400	1703
De Parga Diego	fem	30	300	1703
Promedio:		27.2	365.9	

Nota: Adaptado de “Esclavos de ascendencia negra en Guadalajara en los siglos XVII y XVIII” (p. 74), por R. Fernández, 1991, *Estudios de Historia Novohispana*, 11 (O11).

Figura 2. Operaciones de compraventa de esclavos por José Colaso Feijoo.**CUADRO 2.** Operaciones de compra-venta de esclavos por José Colaso Feijoo.

<i>Compra de:</i>	<i>Género</i>	<i>Edad</i>	<i>Precio</i>	<i>Año</i>
Suárez José	masc	5	150	1711
Salmador Diego José	fem	19	300	1715
Pérez de la Paz Juana	fem	17	400	1715
Ojeda Montes de Oca Isidro	masc	13	140	1717
de Gorcozabal Micaela	fem	38	300	1717
Gutiérrez Gaspar	fem	49	180	1720
De Aguirre Gertrudis	fem	26	300	1729
Rosales Gertrudis	fem	15	200	1743
<i>Vende a</i>				
	<i>Género</i>	<i>Edad</i>	<i>Precio</i>	<i>Año</i>
Machado Francisco	fem	19-20	400	1715
García de Castro Juan	fem	19	350	1715
De Nava Antonio	masc	16	220	1716
De Guzmán Josefa	fem	49	184	1720
Bermúdez Juan	fem	12-13	225	1733
Verdugo José	masc	35	250	1736
Lambaren José	masc	18	180	1743
Promedio		23.4	251.9	

Nota: Adaptado de “Esclavos de ascendencia negra en Guadalajara en los siglos XVII y XVIII” (p. 74), por R. Fernández, 1991, *Estudios de Historia Novohispana*, 11 (011).

Asimismo, surgen durante la investigación de Fernández (1991) nombres como Joaquín Fermín de Echauri y Felipe Gutiérrez de Ceballos, quienes de igual manera realizaron operaciones de compraventa de esclavizados, registradas con un paulatino descenso de los precios. Fernández (1991) afirma que, entre los esclavos hombres, los más preciados eran los obreros especializados, como los que daban el punto a las mieles en los trapiches, que llegaban a valer hasta \$700.

Así fue como en los últimos 50 años de la Colonia, el mercado y los precios de los esclavizados se deprimieron considerablemente, alcanzando valores bajísimos comparados con aquellos de 150 o 200 años atrás, siendo el promedio de valor de únicamente \$27.85 (Fernández, 1991, p. 80).

Esta es la visión que se ha delineado hasta el momento, en gran parte gracias a la dedicación y la investigación de destacados académicos como Fernández y Calvo, en relación con la historia de la esclavitud de los africanos y afrodescendientes en la región de la Nueva Galicia. Su trabajo ha permitido entender un capítulo crucial pero muchas veces olvidado de la historia mexicana. A medida que se avanza en la comprensión de este pasado, también se forja un futuro con ciudadanos más conscientes acerca de sus raíces históricas.

El origen mestizo de los bailes populares de la Nueva España

En el contexto de la sociedad virreinal, ocurrieron múltiples oportunidades para que las personas africanas y afrodescendientes interactuaran y convivieran con miembros de otros estratos sociales, incluyendo indígenas, mestizos y europeos. Lugares como mercados, celebraciones populares, festivales de fandangos y procesiones religiosas servían como espacios de encuentro donde los asistentes compartían vivencias, tradiciones, creencias, modos de vestir y estilos de danza.

Asimismo, en los centros de trabajo, como las cocinas, los talleres gremiales, los conventos y las haciendas, se propiciaban interacciones personales y, en algunos casos, incluso relaciones sentimentales. En su rutina diaria, al ocuparse de tareas como la crianza de niños, la preparación de alimentos y el cuidado de las familias, las personas africanas y afrodescendientes establecían relaciones cercanas con otros sectores de la sociedad, al mismo tiempo que contribuían a la transmisión y recepción de diversas expresiones culturales (Velázquez e Iturralde, 2012).

A pesar del inevitable sincretismo que estaba ocurriendo en la Nueva España, las críticas y los obstáculos específicamente hacia los usos y costumbres de las mujeres africanas y afrodescendientes no se hicieron esperar, pues de acuerdo con Velázquez e Iturralde (2012) su forma de vestir, adornarse e incluso bailar iba en contra de lo que ordenaban los prejuicios católicos de la época.

Las autoras también afirman que se han localizado múltiples denuncias en los archivos inquisitoriales sobre al menos 43 bailes distintos de los siglos XVII y XVIII, la mayoría del periodo de 1766 a 1819 (p. 69), mismos que se distribuyeron generosamente alrededor del territorio novohispano.

Un largo proceso de fusión, hibridación y síntesis entre los diversos elementos culturales dio lugar a las culturas mestizas, también conocidas como castas. El mestizaje diversificó las identidades, que se volvieron más flexibles y versátiles. A partir de la combinación de elementos culturales indígenas, africanos y europeos surgieron nuevas formas artísticas híbridas. En este punto resulta importante destacar que, durante un proceso de mestizaje, no solo ocurre una combinación étnica, sino que inevitablemente los usos y costumbres de cada sociedad también se fusionan, así lo sugiere José Antonio Robles (s.f.), en su publicación titulada *Un paseo por la música y el baile populares de la Nueva España*.

Una concepción escénica o performativa del mestizaje no sólo considera las mezclas biológica y étnica, sino que enfatiza las estrategias culturales de adaptación y apropiación con las que grupos e individuos usaron los elementos que necesitaban para formar sus identidades (personales y grupales). (Robles, s.f.)

La interacción y la influencia mutua entre las culturas africana, indígena y española en la Nueva España se evidencian en diversas fuentes históricas. De acuerdo con Robles (s.f.), un ejemplo de este fenómeno fue el decreto emitido por el virrey Luis de Velasco en 1569, que buscaba regular las danzas que se llevaban a cabo en la plaza mayor de la Ciudad de México.

Según este decreto, dichas danzas solo eran permitidas los domingos y días festivos, y debían llevarse a cabo desde el mediodía hasta las seis de la tarde.

Sin embargo, en 1612, tanto México como Puebla establecieron normativas adicionales para controlar los bailes públicos organizados por las cofradías de africanos, como consta en los registros de las actas de cabildo. La principal preocupación de las autoridades no residía tanto en cuestiones morales como en mantener la paz pública, ya que se habían registrado episodios de violencia relacionados con estos cantos y bailes. En las áreas donde no se temía tanto la aparición de disturbios públicos, la mezcla libre de bailes y cantos indígenas con los de africanos y españoles fue más fluida y menos restringida (Robles, s.f.).

El baile se consolidó como una de las actividades más extendidas entre diferentes grupos de personas en la Nueva España. Hombres y mujeres, sin importar su origen, aprovechaban cualquier motivo para bailar, ya fuera en sus hogares, en las calles, en espacios de entretenimiento, como el teatro y la taberna, en entornos rurales y urbanos, y hasta en lugares como las iglesias y los conventos.

Es claro que el baile no solo servía como una forma de diversión, sino también como una vía para expresar opiniones y críticas sobre la sociedad y la política. En consecuencia, el baile contribuyó de manera significativa al florecimiento de una auténtica cultura popular, por medio de la cual la gente podía disfrutar, pero también reflexionar sobre cuestiones importantes de su entorno.

La Danza de los Diablos como ejemplo del sincretismo en México

La danza forma parte de la historia universal. Vive en el cuerpo de un creador que diseña movimientos rítmicos, durante un periodo específico de tiempo, destinados a la manifestación de sus experiencias interiores. En su libro *Historia universal de la danza*, el musicólogo y profesor alemán Curt Sachs (1944) afirma que la danza establece una conexión entre el alma y el cuerpo, uniendo la libre expresión de las emociones a la rigidez de la conducta establecida, y además crea un vínculo entre la vida social y la manifestación de la individualidad, del juego, de la religión, del combate y del drama.

Asimismo, García (2003, como se citó en Rueda Jiménez, 2019), declara que la danza se puede describir como la acción natural y no planificada de los músculos, que ocurre bajo la influencia de emociones intensas, como la felicidad compartida o la exaltación religiosa. Las opiniones de ambos autores coinciden en un punto en específico: la danza está intrínsecamente vinculada a la expresión humana. Debido a su carácter simbólico, la danza juega un papel fundamental en la sociedad, al ser una forma de expresión cultural que permite la manifestación y creación de un lenguaje distintivo, el cual propone cambios constantes en las estructuras gestuales y emocionales.

En este tenor, la Danza de los Diablos, una danza ritual de herencia africana, se convierte en un medio fundamental para comunicar emociones, creencias y tradiciones. Su origen se

remonta a la época virreinal. Diversos investigadores han concluido que era una suerte de ritual dedicado al dios africano Ruja, al cual los esclavos le pedían ser liberados de los opresores españoles (Secretaría de Cultura, 2019).

En la Danza de los Diablos, la conexión entre el danzante y la expresión humana se manifiesta de manera particular, ya que los participantes utilizan máscaras con barbas y flecos hechos con crines y colas de caballo, así como un vestuario de harapo. El grupo danzante, conformado por 12 personas aproximadamente, va precedido por el Diablo Mayor o tenango, que representa el papel de capataz o patrón, y la Minga o Bruja, que es personificada por un hombre que usa ropas consideradas de mujer mientras carga un muñeco (Secretaría de Cultura, 2019).

Dentro de las interpretaciones de la Danza de los Diablos se cree que estos personajes representan, posiblemente, los espíritus de los difuntos que regresan para visitar a sus familias y los altares que les han sido dedicados. Esta visión sugiere una conexión profunda entre la danza y las creencias ancestrales sobre la vida después de la muerte. Por otro lado, algunas perspectivas indican que los diablos desempeñan un papel crucial como intermediarios entre la vida y la muerte, ya que se encargan de salvaguardar a los vivos, evitando que los difuntos visiten el mundo en días distintos al *Día de Muertos*, festividad durante la cual se realiza la *Danza de los Diablos*.

Gracias a la compilación que Andrea Vargas (2017) realiza en su publicación *Música y danza afromexicana: reivindicación, invención y (e)utopía en la Costa Chica*, fue posible agrupar lo que las investigaciones de los expertos como Arturo Chamorro y J. Arturo Motta realizaron con el objetivo de rastrear la influencia africana en la Danza de los Diablos.

Para la reconstrucción de africanía, Arturo Chamorro (2016, como se citó en Vargas, 2017) propone la existencia de una relación entre el ritual, la cultura expresiva y la corporalidad; esta última representada en características como la tensión y el relajamiento, el trazo de círculos y ángulos con el cuerpo, y la experiencia del dolor (Vargas, 2017, p. 124).

Por otra parte, Motta (2016, como se citó en Vargas, 2017) ofrece una interpretación distinta de la Danza de los Diablos a partir del estudio del tambor de fricción conocido como bote, instrumento que se toca al momento de danzar. Para él “la danza de los diablos es una danza de transporte o conducción: los danzantes son los encargados de llevar a los muertos hasta sus antiguas viviendas; y por ello se encorvan, como abriendo sus vértebras para que el muerto se monte” (como se citó en Vargas, 2017, p.126).

De acuerdo con Vargas (2017), esta interpretación es en gran medida desconocida para los ejecutantes, quienes en su mayoría comparten la noción de que los diablos danzantes tienen la responsabilidad de despertar y guiar a los difuntos de vuelta a sus antiguos hogares. Sin embargo, menciona la importancia de tener en cuenta que, al realizar este tipo de análisis simbólico, siempre existe el riesgo de excederse en las interpretaciones y alejarse de lo que las personas que mantienen la tradición realmente creen, por lo que es esencial abordar estas interpretaciones con sensibilidad cultural y respeto hacia las creencias y perspectivas de las comunidades locales.

Bajo los parámetros y observaciones antes mencionadas es innegable que la Danza de los Diablos se destaca como un ejemplo notable de la resistencia de la influencia africana en México, y presenta una evidencia viva del sincretismo entre las tradiciones africanas, las celebraciones católicas españolas y los rituales indígenas.

Conclusiones

La Danza de los Diablos no solo es una manifestación artística tradicional, sino que también se convierte en un testigo viviente de la presencia africana en la historia y cultura de México. El arraigo y persistencia en el tiempo de esta danza ritual, y su continua evolución y expresión, subrayan la importancia de reconocer, proteger y celebrar la diversidad cultural y la historicidad que enriquece la identidad mexicana, además evidencia la importancia de conocer el sincretismo cultural que ocurrió en México a raíz de la convivencia entre los esclavizados, los indígenas y los españoles, mismo que permea muchas de las manifestaciones culturales contemporáneas.

Bibliografía:

Aguirre, G. (1994). *El negro esclavo en la Nueva España*. Fondo de Cultura Económica. Nájera, M. (2002). Los afrojaliscienses. El Colegio de Jalisco.

Sachs, C. (1944). *Historia universal de la danza*. Ediciones Centurión.

Webgrafía:

Fernández, R. (1991). Esclavos de ascendencia negra en Guadalajara en los siglos XVI y XVII. *Estudios De Historia Novohispana*, 11(011). <https://doi.org/10.22201/iih.24486922e.1991.011.3346>

Robles, J. (s.f.). *Un paseo por la música y bailes populares de la Nueva España*. Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Musical “Carlos Chávez”. <http://www.hemisphericinstitute.org/cuaderno/censura/html/danza/danza.htm>

Rueda Jiménez, J. A. (2019). *La danza urbana como expresión de las representaciones sociales de corporeidad en la adolescencia*. [Tesis de doctorado, Universidad Distrital Francisco José de Caldas]. Facultad de Educación. <https://repository.udistrital.edu.co/handle/11349/14775>

Secretaría de Cultura. (5 de junio del 2019). *La Danza de los Diablos; patrimonio afromexicano en la Costa Chica de Guerrero*. <https://www.gob.mx/cultura/articulos/la-danza-de-los-diablos-patrimonio-afromexicano-en-la-costa-chica-de-guerrero?idiom=es>

Velázquez, M. e Iturralde, M. (2012). *Afrodescendientes en México. Una historia de silencio y discriminación*. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación. <https://sindis.conapred.org.mx/wp-content/uploads/2018/09/Afrodescendientes-en-Mexico.pdf>

Vargas, A. (2017). *Música y danza afromexicana: reivindicación, invención y (e)utopía en la Costa Chica*. [Tesis de maestría, Universidad Autónoma de México]. Repositorio Institucional de la Universidad Autónoma de México <https://repositorio.unam.mx/contenidos/89165>